nacional. La oposición tiene su propia agenda y eso le produce una gran ansiedad.

"Sano o enfermo, vamos a derrotar a Chávez", me insiste.

LOS TRIUNFOS DE LA REVOLUCIÓN

Su primera cartuchera y los lápices que guarda dentro hasta hoy fueron un regalo de una de sus nietas. María Hernández tenía 76 años y estaba empezando a ir a la escuela. Entre dos y tres horas de lunes a viernes y en pleno centro de Caracas. A nadie en su familia le pilló por sorpresa su disciplina y su tesón porque María lleva ganándose la vida desde niña, cuando perdió a su madre y tuvo que empezar a trabajar. Sí dudaban de que las fuerzas le acompañaran para mantener mucho tiempo ese ritmo: viajar diariamente en metro o en camioneta durante casi una hora y enfrentarse al tráfico y ruido infernales del centro de la ciudad y a sus peligros.

Pero hace algunas semanas se cumplieron cuatro años de aquel primer día de clase y ahí sigue.

—Está más rejuvenecida, yo la veo hasta más bonita —me dice, mirándola con cariño, su profesora, Milagros Reina, mientras la decana de la clase sigue trabajando silenciosa y afanosa en la asignatura que más le cuesta: las matemáticas.

En el aula, algo destartalada, otras diez personas estudian tranquilamente. Es una clase cuando menos peculiar, con alumnos de edades dispares, que vienen de lugares muy diferentes de Caracas y cuyas historias no se parecen en nada. A sus casi 80 años, María tiene poco que decir a Carlos, un joven de 21 con una importante minusvalía física, que apenas puede hablar y sufre para escribir. Se limita a sonreírle y a felicitarle por la velocidad con la que ya está aprendiendo a multiplicar.

Todos ellos se benefician del programa social Misión Robinson, uno de los logros más visibles del gobierno de Hugo Chávez, que desde 2005 brinda gratuitamente educación básica a venezolanos de cualquier edad y condición social como forma de inclusión política y social e instrumento generador de bienestar y desarrollo. Un pueblo formado podrá consolidar "una democracia social, protagónica y participativa indispensable para la construcción del socialismo bolivariano", dicen textualmente los estatutos de esta misión social.

—Salí de la escuela muy niña porque mi mamá murió, pero mis cuatro hijos pudieron estudiar. Yo era la que me ocupaba de buscarles cupos en los

colegios y organizaba las cuentas con mucho esfuerzo y sacrificio para pagarlos, porque algunos eran lugares caros. Creo que nunca descuidé a mi familia pero, finalmente, cuando mi esposo murió y vi que ya nadie me necesitaba, me dije: "¿Por qué no me oxigeno el cerebro, salgo de mi casa y dejo de ver tanta televisión?".

Ha parado de hacer sumas y restas y me cuenta su vida con una voz serena y algo titubeante y una dulzura y simpleza que conmueven mientras me toma la mano de vez en cuando para dar más énfasis a lo que me explica.

Se enteró de la existencia de la Misión Robinson por el diario y sus hijos la ayudaron a inscribirse. Se ha arreglado con esmero para venir a clase: el cabello, blanco impecable, tiene las ondas bien marcadas y su camisa, color marfil y con bordados en el cuello, está cuidadosamente planchada.

—Me levanto todos los días a las 6 de la mañana y lo primero que hago es ir a ver mis cuadernos. Intento ver por qué me cuesta tanto aprender ciertas cosas. No es que me vaya a graduar, pero ahora me siento más segura, es como si fuera más completa. Me hacen preguntas y sé responderlas —me cuenta.

Es viernes por la tarde y en el fondo de la clase varias mujeres doblan cuidadosamente camisetas rojas en las que se lee un mensaje relativo a la Misión Robinson. Las repartirán el domingo, cuando esperan que el Presidente acuda a un acto de graduación en la plaza Bolívar de Caracas, situada a pocos metros. Pero el mandatario venezolano, enfermo, finalmente no asistirá a la celebración.

Ajena a ese bullicio, María me habla de Hugo Chávez. Si fuera por ella, el elogio se prolongaría durante horas.

—Todo esto es gracias al Presidente. Sí, señor. Mira la edad que tengo. He pasado por muchos gobiernos y solo este me ha dado una posibilidad. A mí Chávez me gusta y sé que, si esa carta cae, todo se derrumbará como un castillo de naipes. Todos nos vendremos abajo. Y lo tengo claro porque he vivido con otros políticos y sé que retrocederíamos.

María Hernández también se beneficia de otras misiones, como Barrio Adentro, a cuyos médicos cubanos acude desde hace años, y Misión Sonrisa, para arreglarse la dentadura, y además está aprendiendo a perderle el miedo a la computadora. "Mis vecinos me dicen: '¿Qué haces todo el día en la calle?'. Y cuando les explico que estoy estudiando, la gente me abraza y me felicita. No puedo pedir más. Solo tengo que agradecer", me dice, antes de quedarse callada unos segundos y valorar bien sus necesidades.

—Bueno, únicamente necesitaría una casa, porque vivimos alquilados hace muchos años, y ya me he apuntado a la Gran Misión Vivienda Venezuela

para ver si algún día nos toca —rectifica, refiriéndose a la última iniciativa en materia social del gobierno.

Entre los programas lanzados por el presidente Hugo Chávez desde 2003, la Misión Robinson es la madre de todos. El presidente venezolano no se atribuye la autoría de este exitoso proyecto educativo y siempre ha admitido humildemente que no fue idea suya sino de Fidel Castro, quien se lo sugirió allá por 2003.

La Misión Robinson fue además el detonante de otros planes como Barrio Adentro o Misión Milagro, en salud; Misión Ribas, también en educación; Misión Vivienda o Misión Cultura Corazón Adentro, entre otros.

En este momento, para Chávez, las misiones son ya política de Estado y alma del proceso revolucionario y no tienen precedente en el continente latinoamericano.

"Son un ejemplo elocuente de lo mucho que puede hacerse cuando existe voluntad política de un gobierno para trabajar junto al pueblo y por el pueblo", ha dicho.

Para sus detractores, estos programas sociales son sobre todo motores electorales que le hicieron ganar de forma abrumadora las elecciones en 2006 y que hay que mantener porque registraron logros positivos, pero también mejorar, ampliar e independizar en cierta forma del Estado, para que lleguen a todos los venezolanos, más allá de su ideología.

—No creo en la forma de hacer política que chantajea y mete miedo a la gente. Hablo con muchas personas en la calle que simpatizan con el actual gobierno y me preguntan: "¿Es verdad que usted va a quitar esto?". Ni que fuera yo loco. ¿Usted cree que alguien le puede quitar a usted su casa o un servicio de salud? Nadie se lo puede quitar. Las misiones hay que mejorarlas. Para nadie es un secreto el decaimiento que ha habido en la prestación del servicio. Si nos queremos tapar los ojos, nunca vamos a ver el problema —garantiza Henrique Capriles, ya convertido en candidato presidencial de oposición.

Pero para personas como María, la verdad la dice Chávez. "Si la revolución es derrotada, las misiones terminarán." El discurso del Presidente ha calado hondo en buena parte de la población.

—He llorado mucho por él ahora que está enfermo. Pero Dios es grande —suspira—. Mira, yo creo que no hay persona perfecta y él no lo es, sin duda. Pero ahí vamos, poco a poco, y mi familia tiene mucho que agradecerle. Son ya muchos años con él y ahora es que estamos empezando a avanzar porque a Chávez le ha costado mucho trabajo lograr cambiar las cosas —me explica.

—¿Y si él dejara el poder está segura de que esto desaparecería?

—Pero, claro, mi reina. Acabarían con nosotros.

Quien me contesta es otra estudiante que ha seguido atenta nuestra conversación. Se llama María de la Cruz Godoy. Empezó a estudiar el 28 de octubre de 2010. Me muestra la fecha en la primera página de su cuaderno. Fue anotada por la maestra en el primer día de clase porque por aquel entonces ella no sabía ni leer ni escribir.

—Yo era una jovencita cuando cayó Pérez Jiménez en el 58. Me acuerdo porque fue el año en que vinimos a vivir a Caracas. Venezuela celebró que empezó la democracia, pero la de ellos, porque para nosotros nunca hubo democracia hasta que llegó Chávez —me explica. No ha perdido el acento de Trujillo, un hablar de persona llana y del campo, donde trabajó desde muy pequeña, lo que la condenó a ser analfabeta.

—Pero con Chávez me llegó la esperanza. Yo creo en él. Es mi adoración. Es mi padre, mi hermano, es todo. Me gustó desde que dijo "por ahora". Yo dije aquel día a mi esposo: "Este va a ser nuestro presidente y por él voy a votar". Mi marido murió poquito antes de que él ganara y me quedé sola, pero ahora aquí me siento un poco en familia, más apoyada, más fuerte —recuerda.

El gobierno de Chávez, además de cultura y compañía, le da la pequeña pensión gracias a la cual subsiste.

—Si uno no sabe, no es nadie. Yo ahora agarro un autobús y entiendo las letras. Voy caminando por la calle y voy viendo lo que está escrito. Eso me hace sentirme más tranquila. Desde hace varias semanas estoy con las tablas de multiplicar. Nunca me había preocupado de todo eso y me siento feliz.

La Unesco declaró a Venezuela territorio libre de analfabetismo en 2008. En una entrevista concedida en octubre de 2011 al canal del Estado, VTV, la presidenta de la Fundación Misión Robinson, Marisol Calzadilla, calculó que más de un millón y medio de personas se han alfabetizado en Venezuela gracias a este programa, que llega al último rincón del país y, además de instruir, ayuda a los ciudadanos a defender sus derechos y a construir una sociedad más libre y soberana.

"El hombre no es ignorante porque es pobre, sino lo contrario", decía Simón Rodríguez, alias Samuel Robinson, tutor y mentor de Simón Bolívar.

He podido entrar a esta particular escuela sin pedir cita ni autorización. Nadie me ha preguntado nada y la recepción ha sido más que cordial, después de que dos citas con responsables de la misión fracasaran en los últimos días.

La desconfianza con la que se recibe en muchos sitios al corresponsal extranjero en este caso no existe. Más bien siento que aquella maestra y sus alumnos están felices de tener una historia digna de ser contada.

Fotos de Chávez abrazando a dos ancianas, una bandera venezolana y una publicidad del método de aprendizaje cubano "Yo sí puedo", usado por la Misión Robinson, presiden el local, al que llega el impresionante barullo de la avenida. Es media tarde y los caraqueños abandonan el centro de la ciudad.

—Me encanta hacer esto. La verdad es que estoy prácticamente jubilada, pero llevo cinco años dando clase en mi tiempo libre. Lo hago de forma benéfica. Porque me siento útil —me asegura Milagros Reina.

No puedo evitar pensar que llamarse Milagros cuando se enseña a leer a personas tan mayores que no han ido nunca a la escuela es más que apropiado. Lanza una sonora carcajada cuando se lo digo. Es una mujer morena, arreglada, con voz pausada, paciencia de concurso y una mirada noble. Me dice que tiene 55 años pero aparenta poco más de 40. Se vuelve a reír al escucharme.

—Tengo muchas historias. Aquí han venido niños de la calle, prostitutas, drogadictos a aprender a leer. No siempre ha sido fácil. Luego hay cosas que te ponen muy contenta. Por ejemplo, esta chica aprendió a leer aquí conmigo. Tiene 21 años y no había ido a la escuela. Cuidó a sus hermanos pequeños desde niña y ahora ya está terminando la educación básica —me dice señalando a una joven concentrada en un vídeo de gramática—. Te has confundido por ir rápido. Vuélvelo a hacer —le dice a Carlos, el chico con minusvalía física, después de corregirle varias sumas.

Milagros se dice chavista desde siempre, de las que piensa que el Presidente es por ahora imprescindible para la construcción de una nueva Venezuela, pero no cae en los radicalismos ni en las estridencias; es más, tiene una opinión más que crítica hacia muchos miembros del gobierno.

—Yo siempre he creído en Chávez y lo he defendido. Pero me molesto con la gente que está alrededor de él y se aprovecha. A veces pienso que no les importa ninguno de ellos —me dice, señalando a sus alumnos—. Y muchos son diputados del gobierno, pero parecen casi diputados de oposición, gente mala viviendo del gobierno. Yo me pongo muy triste porque me pregunto si vale la pena entonces trabajar tanto por la revolución —me dice.

—¿Usted cree que estas misiones están en peligro si Chávez pierde o si la enfermedad le obliga a retirarse?

Suspira antes de responder.

—La verdad, no lo sé. Dios es el que sabe. Nosotros pedimos un milagro, que Dios le deje terminar su obra.

Las palabras de la profesora arrojan una incómoda tristeza sobre los alumnos. Son casi las 5 y la clase se da por terminada en medio de un pesado silencio. Abrir la puerta de la calle y dejar que se cuele el ruido de los vehículos y el ajetreo de decenas de personas que se abren paso a empellones hacia la entrada del metro resulta casi un alivio.

En el consultorio de la doctora Nilda María Leiseca no se habla de política. "La salud no conoce ideologías y no se vende", me dice, con su inconfundible acento cubano, mientras ausculta a un niño con un inicio de neumonía.

Me ha costado varias semanas y diversas negativas de órganos del gobierno venezolano llegar a conversar con algún responsable de un módulo de la Misión Barrio Adentro, un programa social clave del gobierno de Hugo Chávez y un pilar de la cooperación entre Cuba y Venezuela regida por un amplio acuerdo firmado en el año 2000.

Según el propio presidente venezolano, más de 30.000 cubanos brindan atención médica en zonas desfavorecidas de toda Venezuela y han salvado más de 226.000 vidas en el país desde 2003.

Gracias a la embajada de La Habana en Caracas, pude finalmente tener permiso para visitar una unidad del programa en la barriada de La Vega, zona pobre del oeste de Caracas, y pasar unas horas con esta doctora, llegada a Venezuela hace ya varios años, cuando esta misión daba sus primeros pasos.

Dos miembros de la embajada cubana me acompañarán durante toda la entrevista sin decir nada, imponer ninguna pregunta o tomar notas. Mentiría si dijera que el clima es tenso. Claro está que soy escrutada, pero también estoy cómoda para recorrer la barriada y hacer preguntas, aunque las respuestas que obtenga no sean del todo sinceras.

Hace meses que llueven críticas en Venezuela sobre el deterioro que han sufrido las instalaciones de Barrio Adentro y sobre la falta de profesionalidad de muchos médicos que atienden a los pacientes y prescriben el mismo medicamento para patologías diferentes.

En 2009, el propio Presidente reconoció que Barrio Adentro había perdido esplendor y 2.000 módulos de atención sobre un total de casi 7.000 estaban abandonados, lo cual llevó al gobierno a darle un nuevo impulso.

Está claro que el consultorio de la doctora Leiseca no ha sido elegido al azar por la embajada cubana. Es un centro sencillo, con paredes de ladrillo

rojo y ventanas y puertas recién pintadas de azul, pero con un agitado ir y venir de vecinos. Los medios de la doctora son rudimentarios, pero no le faltan medicamentos y la pulcritud se respira en cada rincón de su consulta.

Contrasta con las calles de tierra, inundadas de barro por las lluvias, por las que no pueden entrar vehículos y mucho menos ambulancias y donde no hay agua corriente ni canalización de desechos desde las casuchas construidas por los propios habitantes, muchos de los cuales no habían visitado jamás a un médico.

—Solo quiero verla trabajar, no hace falta que prepare nada especial. Haga lo que hace cualquier día —le digo minutos después de que me reciba en su consultorio.

La doctora Leiseca resulta ser una mujer habladora, lúcida y divertida. Su discurso es militante, pero no suena a algo aprendido de memoria. Está lejos de corresponder a la visión de los médicos cubanos que muchos venezolanos tienen en su cabeza desde hace años: seres misteriosos y oscuros, una especie de espías en blanco y negro sin apenas capacidad profesional y únicamente interesados en la riqueza de Venezuela y no en su futuro.

La doctora lo sabe y me cuenta que le costó años ganarse la confianza de muchos vecinos del barrio.

—A quien viene a este consultorio no se le pregunta cuánto dinero tiene o por quién vota. El camino del socialismo es la igualdad.

Es de La Habana. No me da casi detalles sobre la familia que dejó en Cuba. Ronda los 45 años, es una mujer arreglada, bonita y tranquila que se toma su tiempo con los pacientes, los conoce por el nombre y se sabe de memoria su historial médico.

Atiende a unas 30 o 40 personas diariamente. Sobre todo trata infecciones y alergias, hace revisiones ginecológicas básicas, pone vacunas e inyecciones, toma la tensión, hace revisiones de enfermos crónicos y envía los casos más severos a los especialistas que trabajan en los centros de diagnóstico de Barrio Adentro.

—Antes había niños que morían de infecciones banales. Estas personas tenían que esperar muchísimo en hospitales o ir a clínicas privadas que no podían pagar y donde no eran bien tratadas. Ahora hemos inculcado a las personas la necesidad de venir a consultarnos si no se sienten bien y de incorporar a su vida ciertos hábitos: desde lavarse las manos hasta hacer a sus hijos revisiones cada cierto tiempo —explica esta especialista cubana.

En Venezuela el sistema público de salud está saturado y es deficiente, mientras que los centros privados tienen tarifas escandalosas y cierran sus

puertas a quien no tenga una tarjeta de crédito y un seguro que financie la atención.

El lanzamiento de Barrio Adentro, que además de traer a Venezuela a doctores cubanos también forma en Medicina a estudiantes venezolanos, fue un éxito y uno de los motores que favorecieron la reelección de Chávez en 2006.

La estatal Petróleos de Venezuela (PDVSA), principal financiadora de esta misión social, dedicó a Barrio Adentro entre 2003 y 2007 un total de 5.569 millones de dólares, mientras que en 2009 dedicó solo 7, según sus estados de cuentas.

Los detractores del gobierno de Chávez critican que se hayan invertido cantidades exorbitantes "de forma desordenada" en un proyecto que provocó el éxodo del 50 por ciento de los médicos venezolanos del sistema público y creó un sistema paralelo en lugar de mejorar el público ya existente.

"Barrio Adentro nunca llegó a integrarse y articularse al sistema público de salud y, por el contrario, contribuyó durante todos estos años a debilitar lo que existía", denunciaron exministros de Salud en una carta dirigida a Chávez en 2010.

"Nunca antes se gastó tanto dinero en salud, de forma desordenada, incontrolable y poco transparente, y nunca antes los resultados, medidos mediante indicadores de salud, fueron tan pobres [...] Usted y solo usted es el responsable de haber delegado en un gobierno extranjero, el gobierno cubano, mediante la misión médica cubana, la dirección, supervisión y evaluación de este sistema paralelo de salud", dijeron.

En el consultorio de la doctora Leiseca los juguetes para entretener a los niños y los consejos de higiene personal comparten espacio con imágenes de Fidel Castro, Hugo Chávez o el Che Guevara, banderas cubanas y venezolanas y frases revolucionarias. "Llegó la hora de hacer leyes por iniciativa popular" está escrito bajo un sonriente retrato del líder venezolano, un mes después de las elecciones legislativas en el país.

Pero la doctora no quiere hablar de política y evita mi pregunta sobre el recelo que genera la influencia de Fidel Castro en el gobierno de Chávez.

—Venezuela hace su revolución y su socialismo a su manera. Nosotros prestamos ayuda sanitaria y no nos metemos en política.

A los pacientes más delicados, la doctora los visita en sus casas. Me pregunta si quiero acompañarla y comenzamos a subir ladera arriba, manchándonos los zapatos de barro y basura, hasta llegar a la casa de Domingo Rebolledo, cuyas puertas están siempre abiertas. Sentado en una silla, un

hombre de 40 años que aparenta muchos más por los terribles dolores que sufre, espera desde hace meses un trasplante de riñón.

—Barrio Adentro hay que defenderlo, aunque estemos enfermos y muriéndonos —afirma.

Chavista convencido, incluso antes de caer enfermo, me describe su pasado militante, su respeto por Chávez y las misiones sociales que llegan a los más pobres entre los pobres como él, que no tendría cómo pagar un hospital privado.

—Yo ya estaría en el otro mundo si no fuera por ellos —me dice señalando a la médica cubana.

La doctora lo deja terminar de hablar y le pregunta si está tomando los medicamentos como ella le explicó. Le toma la tensión. Hace meses que dejó de trabajar y su vida corre peligro si no llega el trasplante, me dice descorazonada al marcharnos.

—Es gente sumamente humilde. El más mínimo cuidado es para ellos algo enorme, pero no puedo hacer mucho más por él, salvo hidratarlo y calmarle el dolor —explica.

Venezuela envía diariamente a Cuba 100.000 barriles de petróleo a cambio de ayuda como la brindada en Barrio Adentro y otros programas sociales. Gerardo Hernández Rodríguez, jefe de la misión médica cubana, accedió a responder por e-mail a algunas de mis preguntas sobre Barrio Adentro. Mi solicitud para conversar con él, aunque fuera telefónicamente, quedó sin respuesta hasta hoy. Según el responsable, el programa social vincula "al estudiante de Medicina con la comunidad desde los primeros años de su carrera, lo cual contribuye a su formación humanista, principios solidarios y revolucionarios".

Desde su creación, Barrio Adentro habría disminuido la mortalidad infantil, evitó más de 180.000 casos de ceguera y salvó de cáncer de cuello de útero a 7.000 mujeres, según él. Su correo electrónico finalizaba con una reflexión militante desconcertante: el trabajo de los doctores cubanos estaba inspirado "en el ejemplo que día a día nos brindan los cinco héroes cubanos injustamente prisioneros en los Estados Unidos, por el único hecho de querer que los hombres y mujeres de los pueblos de América vivan dignamente sin temor a ser agredidos por terroristas", refiriéndose a cinco ciudadanos cubanos detenidos en 1998 y condenados por conspiración en Estados Unidos.

A finales de 2010, la Misión Barrio Adentro había graduado en Cuba a casi 400 médicos venezolanos y a 2.370 médicos generales en Venezuela. Con el paso de los años, personal médico venezolano se ha ido incorporando

al programa y hoy 25.000 venezolanos trabajan en la misión. Todos estos logros y todos los planes futuros se desmoronarían, según Chávez, si la oposición consigue el poder.

Prometa lo que prometa su adversario Henrique Capriles durante la campaña.

LA RECONCILIACIÓN

"Por más que te disfraces, majunche, tienes rabo de cochino, tienes orejas de cochino, roncas como un cochino: eres un cochino."

O se me está empezando a olvidar el léxico venezolano o nunca escuché esa palabra antes. Majunche. Según el diccionario, "adjetivo coloquial venezolano: de calidad inferior, deslucido, mediocre".

Desde el otro lado del mundo escucho los duros intercambios entre Chávez y su nuevo adversario político, el gobernador Henrique Capriles. El desprecio y la falta de reconocimiento hacia el que es diferente sorprenden y asustan más cuando se está lejos.

—Los tres millones de votos los tienen a algunos locos. Digiéranlos. ¿Cuál es el problema? Yo sé que el gobierno no quería que yo fuera candidato pero el problema es que él no decide. Los venezolanos eligieron —lanza Capriles ante los periodistas, refiriéndose al número de papeletas contabilizadas en las elecciones primarias de la oposición.

Los asistentes aplauden. Aplausos en una rueda de prensa.

"Eres el candidato de los yanquis, del imperialismo y del golpismo burgués. Eres el candidato del pasado y te vamos a pulverizar. Van a recoger a su gallito muerto. Aquí estamos los patriotas, los apátridas váyanse con el majunche", proclama Chávez ese mismo día.

Ni aun con sondeos que prevén su victoria, ni sabiendo que cuenta con enormes medios políticos y financieros para hacer campaña, el presidente venezolano parece resignarse a tener un rival serio por primera vez en 13 años.

En ese acto del Presidente también todos aplauden.

A varios miles de kilómetros de Caracas, da la sensación de que todo va muy deprisa en Venezuela, aunque internacionalmente reine una gran indiferencia ante lo que allí sucede.

Después de vivir casi cuatro años contagiada por el desasosiego del caraqueño, pensando que los vaivenes políticos del país eran observados atentamente por el resto del mundo, caí en la cuenta de que estaba equivocada.